

gritaba: «¡Basta, basta!» con su antigua voz imperiosa de patrón obedecido; pero el borrico continuaba y el patio estaba ya lleno. Luego se tendió con las patas tan abiertas y se vació el vientre de un modo tan poco conveniente, que jamás borracho alguno atravesado en una calle dió tanto asco á las gentes. Se hubiera dicho que el miserable lo hacía á propósito para deshonorar á sus amos. Aquello era demasiado. Elisa y Francisca, tapándose la cara, huyeron á esconderse en el fondo de la casa.

—¡Basta, lleváoslo!

En efecto, no había otro partido que tomar, porque Gedeón, trastornado por completo, se dormía. Buteau fué á buscar una cuerda, y seis hombres le ayudaron á cargar con el borrico, y se lo llevaron con los miembros colgando, la cabeza balanceándose y roncando de tal modo, que no había quien parara en la casa.

Naturalmente, aquella escena entristeció al principio la cena. Pero pronto se rehicieron y acabaron por festejar de tal modo al vino nuevo, que todos, á eso de las once, estaban ya como el borrico. A cada momento había alguno que tenía necesidad de salir al corral.

El tío Fouan estaba muy alegre. Acaso haría bien en volverse á casa de su hijo menor, porque el vino sería allí bueno este año. Tuvo que abandonar el comedor á su vez, y daba vueltas en su cabeza á aquella idea, cuando oyó á Buteau y á Elisa que habían salido detrás de él, acurrucados uno al lado del otro junto á la pared y disputando porque el marido echaba en cara á la mujer que no se mostraba muy tierna con su padre. ¡Había

que camelarlo para apoderarse de su hucha! El viejo, serenado de pronto, se quedó frío, y con un movimiento se aseguró de que no le habían quitado los papeles del bolsillo, y cuando se encontró en el castillo estaba ya resuelto á no mudarse. Pero aquella misma noche vió una cosa que le heló: á la Trouille en camisa, en la alcoba muy iluminada por la luz, registrando sus pantalones y su blusa. Evidentemente Jesucristo, no habiendo encontrado la hucha, enviaba á su hija á buscarla.

Fouan no podía dormir, atormentado por todo aquello, y levantóse y abrió la ventana. De Rognes subía olor á vino mezclado al de todas aquellas cosas que habían ido dejando á lo largo de las paredes ocho días de vendimia. ¿Qué iba á suceder? ¿A dónde ir? No abandonaría su dinero, se lo cosería sobre la piel. Luego, como el viento le trajera aquellos olores al rostro, se acordó de Gedeón: buena naturaleza la de los borricos, que gozaban diez veces lo que un hombre, sin reventar. ¡No importa! no podía elegir; lo mismo le robaría un hijo que otro. Lo mejor era seguir en el castillo y vivir muy alerta. Todo su cuerpo temblaba.

## V.

Transcurrieron los meses, y pasó el invierno y luego la primavera; continuaba la vida ordinaria en Rognes, pues habrían sido necesarios años para observar variaciones en aquella monotonía de un trabajo siempre vuelto á comenzar. En Julio, bajo aquellos grandes calores, las próximas elecciones alborotaron el pueblo. Aquella vez llevaban ocul-

to en su fondo un gran negocio, y se hablaba de ellas mientras llegaban los candidatos.

Precisamente el domingo para el que se había anunciado la llegada del señor Rochefontaine, el fabricante de Chateaudun, estalló por la mañana una escena terrible en casa de Buteau entre Elisa y Francisca, probando bien que las cosas que han de suceder suceden; porque el último lazo que unía á las dos hermanas, próximo siempre á romperse y siempre vuelto á apretar, se había debilitado de tal modo por las continuas disputas, que se rompió de pronto para siempre con ocasión de una pequeñez.

Aquella mañana, Francisca, al conducir las vacas, se había detenido un momento á hablar con Juan, á quien acababa de encontrar delante de la iglesia. Hay que decir que ella trataba de provocar enfrente de la misma casa, con el único objeto de exasperar á los Buteau. Así, cuando volvió, le gritó Elisa:

—¡Mira, cuando quieras ver á tus hombres, procura que no sea al pie de la ventana!

Buteau estaba allí escuchando.

—¡Mis hombres!—repitió Francisca;—¡demasiado veo aquí á mis hombres! ¡Y hay uno que si yo hubiera querido, no debajo de la ventana, sino en tu misma cama me habría tomado!

Aquella alusión á Buteau puso á Elisa fuera de sí. Hacía mucho tiempo que no tenía más que un deseo: echar á su hermana, para quedar tranquila en su casa, aunque tuviera que perder un pleito para entregarle su parte. Por aquélla la pegaba su marido, que opinaba de distinto modo, decidido á resistir hasta el fin, no desesperando, por otra par-

te, de dormir con la pequeña mientras que ella y él tuvieran lo necesario para hacerlo. Y la mujer se irritaba de no ser la querida, atormentada por unos celos particulares, dispuesta siempre á dejar á su hombre divertirse con su hermana para acabar de una vez; furiosa de verle siempre detrás de aquella chiquilla cuya juventud aborrecía, y sus pechos pequeños y duros, y hasta la piel de sus brazos. Si, ella hubiera tenido la vela, habría querido que él la hiciese pedazos y aun habría ella ayudado á apretar, no sufriendo en todo aquello más que porque su hermana estaba más guapa que ella y debía dar más placer.

—¡Puerca!—exclamó—eres tú quien le calientas!.... Si no estuvieras siempre esperándole, no correría él detrás de ti.

Francisca palideció sublevada por aquella mentira, y contestó tranquilamente con una cólera fría:

—Esto es ya demasiado.... Espera quince días y no os estorbaré más, si esto es lo que quieres. Sí, dentro de quince días tendré veintiún años y me iré.

—¡Ah! ¡quieres ser mayor! ¡Eso es lo que tú has calculado para hacernos alguna indecencia!.... Pues bien, canalla; no dentro de quince días, sino ahora mismo, te vas á marchar.... ¡Ea, largo!

—Ahora mismo.... En casa de Macqueron necesitan á alguien y me recibirán.... ¡Abur!

Y Francisca partió sin que hablasen una palabra más. Buteau, dejando lo que estaba haciendo, se había levantado para ponerlas en paz con un par de bofetadas y arreglarlas una vez más. Pero llegó tarde, y no pudo, en su exasperación, más que dar un puñetazo á su mujer, llenándola la cara

de sangre. ¡Por vida de.... con las hembras! Lo mismo que él temía, lo que iba retrasando hacía tanto tiempo. ¡Buenas cosas iban á pasar con la ida de la pequeña! Y lo veía huir todo al galope, la muchacha y la tierra.

—Voy ahora mismo á casa de Macqueron, y volverá, aunque tenga que traerla á puntapiés.

En casa de Macqueron había gran movimiento aquel domingo, pues esperaban á uno de los candidatos, al señor Rochefontaine. Durante la última legislatura, el señor Chedeville había disgustado, decían los unos que por sus amistades orleanistas, y los otros que por el escándalo producido en las Tullerías, por una aventura con la joven esposa de un ujier de la Cámara, loca por él á pesar de su edad. Sea como quiera, lo cierto es que se le había retirado la protección del prefecto, que ahora era para Rochefontaine, el antiguo candidato de la oposición, cuyos talleres acababa de visitar un ministro, y que había escrito un folleto sobre el libre cambio, que había llamado la atención del Emperador. Irritado por aquel abandono, Chedeville mantenía su candidatura, teniendo necesidad de la diputación para hacer ciertos negocios, pues no le bastaban los productos de la Charnade, hipotecada y medio destruida. De suerte que, por una aventura singular, había cambiado la situación: el gran propietario se convertía en candidato independiente, mientras que el gran fabricante se convertía en candidato oficial.

Hourdequin, aunque alcalde de Rognes, permanecía fiel á Chedeville, y había resuelto no hacer caso de las órdenes de la Administración, dispuesto hasta á trabajar abiertamente en favor de su

candidato. Juzgaba honrado no variar como una veleta al menor soplo del prefecto; y además, entre el proteccionista y el librecambista, acababa por creer que sus intereses estaban con el primero en aquella crisis agrícola. Desde hacía algún tiempo los disgustos que le producía Santiaguilla, junto con los cuidados de la granja, le impedían ocuparse de la alcaldía. Espiaba siempre en vano á aquella perdida que, con la fortuna del crimen, satisfacía impunemente sus deseos con Trou, el vaquero, y dejaba al teniente alcalde Macqueron despachar los asuntos corrientes. Así, cuando el interés personal que tenía en las elecciones le llevó á presidir el Ayuntamiento, le asombró sentirlo rebelde y hostil.

Era que el sordo trabajo de Macqueron, llevado con una astucia de salvaje, daba al fin sus resultados. En aquel campesino enriquecido y ocioso, entregándose sucio y mal vestido á ocupaciones de señor que le aburrían, había ido surgiendo poco á poco una ambición, la única diversión de su existencia en aquellos momentos. ¿Por qué no había de ser él el alcalde? Y minaba el terreno á Hourdequin, explotando el odio vivo, inconsciente, innato en el corazón de todos los habitantes de Rognes contra los señores de otros tiempos, contra el hijo del burgués que poseía hoy la tierra. ¡Bien seguro que la había adquirido por nada! ¡Un verdadero robo del tiempo de la revolución! ¡No hay peligro de que los pobres aprovechen las buenas ocasiones, porque volvía siempre á los canallas, cansados de llenarse los bolsillos! Sin contar que en la Borderie pasaban buenas cosas. ¡Era una vergüenza aquella Cognette, á la que el amo iba á co-

ger en las camas de los criados! Decíase todo esto, corriendo en frases muy crudas por todo el país é indignandó aun á los mismos que habrían hecho lo mismo con su hija ó la habrían vendido si hubiera valido la pena. De modo que los concejales habían acabado por decir que un burgués debía quedarse para robar y hacer aquellas otras cosas con los burgueses; pero que para que las cosas anduviesen bien, en una municipalidad de campesinos se necesitaba un alcalde campesino.

Precisamente la primera resistencia que asombró á Hourdequin fué á propósito de las elecciones. Cuando habló del señor de Chedeville, todas las caras parecieron de madera. Macqueron, al ver que el dueño de la granja seguía fiel al candidato antiguo, comprendió que aquel era el verdadero terreno para dar la batalla, y la ocasión muy abonada para hacerle saltar. Así, lleno de celo se había puesto al lado del prefecto en favor del señor Rochefontaine. Decía que cumplía con su deber de buen teniente, que todas las gentes honradas debían apoyar al Gobierno. Y aquella profesión de fe bastaba, sin que hubiera necesidad de enseñar á los concejales, porque estaban resueltos á venderse al más fuerte, al amo, para que no hubiera cambios y para que los granos se vendiesen más caros. Delhomme, el honrado, el justo, reputado por tal, arrastraba á Clou y á los otros: había que nombrar al candidato del Emperador, porque el Emperador sabía seguramente lo que se hacía en interés del país. Y lo que acabó de comprometer á Hourdequin fué que sólo Languaigne estaba con él, exasperado por la importancia adquirida por Macqueron. La calumnia se

mezcló bien pronto en aquello, y el dueño de la granja fué acusado de haberse hecho «rojo», de pensar como los perdidos que querían la República, á fin de exterminar al campesino; hasta el punto de que el abate Madeline mismo, tímido, asustado, creyendo deber su curato al teniente, le daba oídos y trabajaba por Rochefontaine, á pesar de la sorda protección que monseñor dispensaba todavía al señor de Chedeville. Pero un último golpe quebrantó al alcalde: el rumor de que, cuando se abrió el famoso camino directo de Rognes á Chateaudun, se había metido en el bolsillo la mitad de la subvención, ¡cómo! no se sabía, y esto hacía la historia más misteriosa y más abominable. Cuando se le preguntaba sobre este punto, Macqueron tomaba el aire asustado, doloroso y discreto de un hombre al que ciertas conveniencias le cerraban la boca; y era él quien había inventado la cosa, con el objeto de hacer pasar su propio caso, sus terrenos ofrecidos de balde y vendidos luego en tres veces su valor. Por fin, toda la municipalidad estaba trastornada y el ayuntamiento dividido: de un lado el teniente y todos los concejales, salvo Languaigne; del otro el alcalde, que sólo entonces comprendió la gravedad de la situación.

Quince días antes, en un viaje á Chateaudun, hecho exprofeso, Macqueron había ido á prestar homenaje á Rochefontaine. Le había suplicado que no parase más que en su casa, si se dignaba ir á Rognes. Y por esto era por lo que el tabernero, aquel domingo, después del almuerzo, no cesaba de salir al camino, acechando la llegada de su candidato. Había prevenido á Delhomme, á

Clou y otros concejales, que vaciaban una botella para hacer tiempo. El padre Fouan y Becú estaban también allí jugando, así como Lequen, el maestro de escuela, embebido en la lectura de un periódico y haciendo alarde de que no bebía jamás. Pero dos parroquianos inquietaban al teniente, Jesucristo y su amigo Cañón, el obrero vagabundo, instalados uno frente á otro delante de una botella de aguardiente. Mirábalos de reojo, tratando en vano de echarlos, porque los malditos no gritaban, contra su costumbre: no tenían más que el aire de burlarse de todo. Dieron las tres, y el señor Rochefontaine, que había prometido estar allí á las dos, no había llegado todavía.

—¡Celina!—gritó de pronto Macqueron á su mujer—¿has subido el burdeos para ofrecer un vaso en seguida?

Celina, que estaba despachando, hizo un gesto desolado de olvido, y se precipitó él mismo hácia la cueva. En la habitación de al lado, donde estaba la mercería, y cuya puerta estaba siempre abierta, Berta enseñaba lazos de color de rosa á tres campesinas, con todo el aire elegante de una señorita de mostrador, mientras que Francisca, ya en funciones, limpiaba el polvo con un plumero, á pesar de ser domingo. El adjunto, que rebosaba deseos de ejercer autoridad, la había acogido en seguida, halagado por que se pusiera bajo su protección. Su mujer tenía precisamente necesidad de una que la ayudara; él mantendría y tendría en su casa á la pequeña mientras que no se reconciliase con los Buteau, en cuya casa juraba ella que se mataría como la llevasen á la fuerza.

Bruscamente se detuvo delante de la puerta un

landó arrastrado por dos soberbios percherones; y el señor Rochefontaine, que iba solo, asombrado y disgustado de que no hubiese nadie allí, vacilaba en entrar á la taberna, cuando Macqueron subió de la cueva con una botella en cada mano. Encontróse en gran confusión, en una desesperación verdadera, no sabiendo cómo desembarazarse de las botellas y balbuceando:

—¡Oh señor! ¡qué mala suerte!..... Estoy esperando sin moverme de aquí desde las dos, y en el mismo momento en que he bajado..... sí, precisamente pensando en vos..... ¿Queréis beber un vaso, señor diputado?

Rochefontaine, que todavía no era más que candidato, y á quien la turbación de aquel pobre hombre habría debido ablandar, pareció incomodarse más. Era un hombrón de treinta y ocho años apenas, con el cabello cortado al rape, la barba muy recortada y vestido con corrección, pero sin elegancia. Tenía una frialdad brusca, una voz breve, autoritaria, y todo denunciaba en él la costumbre del mando, la obediencia en que tenía á los mil doscientos obreros de sus talleres de construcción. Parecía dispuesto á tratar á los campesinos á latigazos.

Celina y Berta se habían adelantado, esta última con su atrevida mirada amortiguada bajo sus párpados.

—Hacednos el honor de entrar, señor.

El señor había examinado todo de una ojeada. Entró, sin embargo, y permaneció en pie, rehusando sentarse.

—He aquí nuestros amigos del Ayuntamiento, añadió Macqueron, que se serenaba. ¡Se conside-